

# Colección Clásicos a la carta

+ 14 años

Una colección de obras clásicas de la Literatura adaptadas al lenguaje y la competencia lectora del alumnado de 12 a 16 años.

Cada una de las obras tiene una extensión en torno a las 160 páginas, una extensión accesible y grata para el alumnado de estas edades.

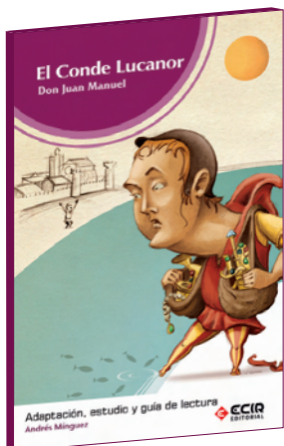
Todas las obras están adaptadas y con una **guía de lectura** así como un **estudio del autor y la obra** en su contexto literario e histórico. Igualmente un **vocabulario** ayuda a la comprensión de los textos.



ISBN: 978-84-9826-649-8



ISBN: 978-84-9826-691-7



ISBN: 978-84-9826-575-0



Clásicos adaptados con  
llamativas ilustraciones

# Don Quijote de la Mancha

Miguel de Cervantes



A destacar...

Muestra capítulo XVII

Adaptación, estudio y guía de lectura

**Emilio Tadeo Blanco**

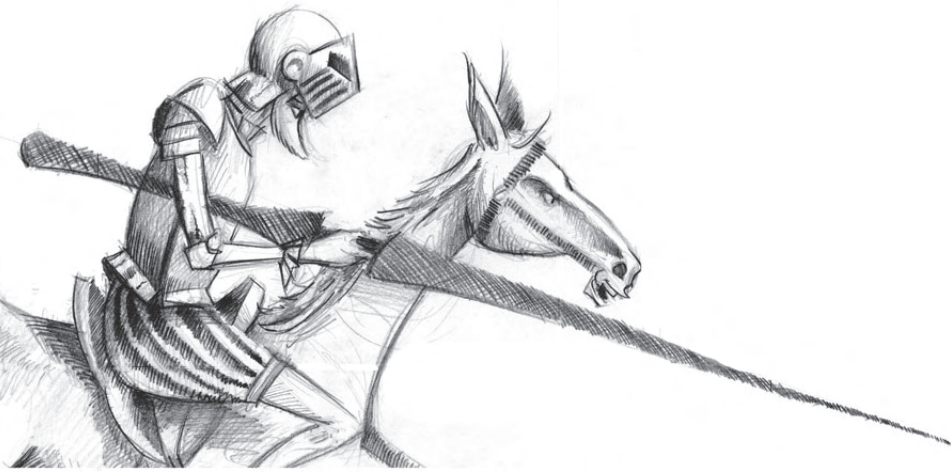
Ilustraciones

**Javier Lacasta Llácer**



## A destacar...

- 1** La adaptación del texto es la más completa de las existentes. Incluye las introducciones y dedicatorias de las dos partes (que se omiten en las demás) todos los capítulos, todas las aventuras, las secuencias y escenas.
- 2** Se da especial relevancia a los aspectos didácticos del texto cervantino.
- 3** Se ha mantenido, en lo posible, el estilo de Cervantes, tanto en la narración como en los diálogos.
- 4** Se mantiene la separación en capítulos, con sus títulos, lo que facilita la consulta con el texto original



## Adaptación de la obra

- 5** Se mantienen muestras de la casi totalidad de los poemas.
- 6** La actualización del lenguaje facilita la lectura, aunque se han mantenido los términos imprescindibles por razones de estilo.
- 7** Se ha contenido el número de notas, para facilitar la fluidez de la lectura, manteniendo las convenientes para completar la comprensión.



- 8** Fantásticas y llamativas ilustraciones que hacen muy amena la lectura





# Estudio preliminar

Abarca todos los aspectos posibles:

- Presentación motivadora del interés de la novela.

- Contextualización histórica y social, con especial énfasis en la vida cotidiana, siempre en relación con *El Quijote*.

- Vida y obra de Cervantes, en relación con la literatura de su época.

- Análisis de *Don Quijote de la Mancha*, en todos sus aspectos: antecedentes, tema, argumento, estructura, personajes, tiempo, espacio, estilo y repercusión.

- Información complementaria: los lugares cervantinos y quijotescos, bibliografía impresa y, en especial, de internet.

**VIDA DE CERVANTES**

**Infancia**  
Miguel de Cervantes Saavedra pudo nacer el 29 de septiembre, día de San Miguel, pues era costumbre poner el nombre del santo del día, porque se le bautizó el nueve de octubre de 1547 en Alcalá de Henares, Madrid, aunque hay otras opiniones. Na- ció en los límites del barrio judío, de padre cirujano, similar a practicante actual, y con un abuelo recaudador, oficio habitual entre los judíos conversos, personas de escien- cia jurídica convertidas al cristianismo, por lo que quizá sea ese su origen.

Se trasladó con su familia, siempre con penurias econó- micas, a Valladolid y a diversas ciudades de Andalucía, con algunos regresos a Madrid. Posiblemente estudió con los jesuitas y, dado el conocimiento que demuestra de la Uni- versidad de Salamanca y de las ale- banzas que la dedica, quizá estu- diara allí, pero no terminó ninguna licenciatura.

**Juventud**  
En 1568 estudia en Madrid con un preceptor huma- nista, López de Hoyos, y publica sus primeros poemas, muy alabados. En 1569 nos encontramos con el primer suceso delicado de una larga serie en su vida: en un duelo hiere a un joven, quizá en defensa del honor de su familia. Perseguido por la Justicia y, con riesgo de ser condenado a perder la mano, Miguel huye a Italia, primero al servicio del cardenal Acquaviva, luego como soldado. Al parecer, en Italia tuvo un hijo con una napolitana.

El 7 de octubre de 1571 participa en la batalla de Lepanto contra la armada turca y, enfermo, insiste en intervenir en la huida más peligrosa, en la proa de una barcaza. Unos ar- cabuzeros le hieren en el pecho y en la mano izquierda, de la que quedará inútil, por lo que se le conocerá como "El manco de Lepanto". Tras recuperarse, sigue...

Estadua de Miguel de Cervantes en Alcalá de Henares (Madrid).

el ejército y, cuando regresa a España en 1575, a punto de ascender a capitán, es apresado, por los corsarios berberiscos, que lo mantienen cautivo en Argel a la espera de rescate durante cinco años. Allí realizó hasta cuatro intentos de fuga, por lo que no se le ajustició, como era habitual, lo que resulta sorprendente. En 1580 los traidores lo rescataron, según la clase social del cautivo), a punto ya de ser embarcado como esclavo para Estambul, de donde era imposible el regreso. La vida de este cautiverio la reflejó en sus obras teatrales, Los baños de Argel y El trato de Argel, y en la historia intercalada del cautivo de El Quijote.

**Madurez**  
Al volver a Madrid en 1581, como su familia está arruinada por haber entregado lo que tenía para su rescate, viaja a Lisboa, Portugal, corte entonces de Felipe II, donde consigue un trabajo secreto en Ordán, puerto de Argel poseído de la Corona espa- ñola, con el que gana y paga 50 escudos, parte de su rescate. En 1582 solicita un cargo en América, pero se le deniega, quizá por sus relaciones con una tabernera casada, Ana Franca. A los tres meses de ese nacimiento se casa, a los treinta y siete años, con Catalina de Salazar y Palacios, de diecinueve, natural de Escalvadas, Toledo, mujer que estaba emparentada igualmente con judíos conversos, los Quijadas de Ana Franca y la propia Ana, esta deja testamento para que Miguel pueda ejercer la patria potestad sobre Isabel, Miguel y Catalina no dejaron descendencia.

**A partir de su boda, Miguel se dedica a escribir.** De ese año es su primera novela, La Galatea, una novela pastoril de gran éxito, que él esperaba continuar, y que cita en el escrutinio de la biblioteca de don Quijote, y se conserva en una época en la que se daba excesiva importancia a los manuscritos. Félix Lope de Vega, que tuvo un éxito extraordinario, escribió unas mil obras de teatro de las que se conservan, solo, unas cuatrocientas. En una, La vida Valenciana, citó a Cervantes.

En 1587, dado el escaso éxito económico de su teatro, y a pesar del reconocimiento de los escritores coetáneos, solicita un trabajo oficial y se le destina a Sevilla, como recaudador de provisiones para la armada que debía atacar Inglaterra, armada que luego se llamará paradójicamente "Invencible". Miguel considera que los eclesiásti-

Busca la defensa de los ideales, de los desahogados, de la justicia, de la libertad, de su país, aunque fracasa.

Es indiferente a los altos ideales, pero sabe hacer justicia directa y eficaz.

Se comporta como cristiano nuevo. No hace comentarios despectivos hacia los judíos.

Se presenta como cristiano viejo, católico practicante y enemigo de los judíos.

"Sanchificación": Progresivamente siente la influencia de Sancho, va recuperando el sentido de la realidad, la corura y asu- miendo melancólicamente su fracaso.

"Quijotización": Progresivamente va idealizando su comportamiento, hasta desear vivir como pasar cuando don Quijote está en su lecho de muerte.

**Dulcinea del Toboso, o Aldonza Lorenzo, es el tercer personaje esencial de la novela.** Don Quijote tendrá unos treinta y ocho años cuando quedó prendado de ella la primera vez que la vio, porque al comienzo de la novela hace doce que la quiere, aunque en la segunda parte dice que no la ha visto nunca. Y como jamás aparece, solo la podemos conocer por lo que de ella dicen Sancho y don Quijote:

Don Quijote: Dulcinea del Toboso es princesa, vive en un castillo o palacio, es recatada, hermosa, honesta, virtuosa, rubia, dulce, gallarda, sensible, agraciada, hable bien, no sabe leer, se dedica a coser con hilos de oro y perlas... Para Don Quijote representa el deseo de trascender la realidad con la imaginación y el afán de luchar por un ideal.

Sancho: Aldonza Lorenzo es labradora, de pueblo, plática, basta, fuerte, no sabe leer, trabaja como un hombre... Es fuerte, eficaz y laboriosa, similar a su propia mujer, Juana, por lo que Sancho siente un amor plenamente conyugal, muy distinto del idealizado de don Quijote por Dulcinea.

Directamente relacionados con don Quijote se encuentran su ama, de más de cuarenta años, su sobrina marida no lea libros de caballerías, sus buenos amigos el cura y el barbero, con importantes papeles a lo largo de la obra; y, sobre todo, el bachiller Sansón Carrasco, que a la grandeza de hacerse responsable del regreso a casa de don Quijote, y de la Blanca Luna. Pero también le vemos como un joven muy humano, deseoso de vengarse y vencer a su vecino, el viejo don Quijote, que le había humillado antes al vencerlo en combate.

**Esquema básico inicial de los coprotagonistas:**

```

    graph TD
      Cura["Cura (Pedro Pérez)"] --- Alonso["Alonso Lorenzo (Dulcinea del Toboso)"]
      Barbero["Barbero (Maese Nicolás)"] --- Alonso
      Sanson["Bachiller Sansón Carrasco (Caballero de los Espejos, o del Bosque, o del Bosque de la Blanca Luna)"] --- Alonso
      Alonso --- Teresa["Teresa Panza"]
      Alonso --- Sancho["Sancho Panza"]
      Teresa --- Sancho
      Sancho --- Sanchica["Sanchica"]
      Sancho --- Sancho
      Ama["Ama (heredera)"] --- Alonso
      Sobrina["Sobrina (heredera)"] --- Alonso
      Moro["Moro"] --- Alonso
      
```

De los demás personajes, destacaremos los siguientes grupos:

- **Las mujeres.** Cervantes da un papel destacado, esencial, a las mujeres en su novela, no tanto para pensar el protagonismo masculino como para reivindicarlas. En casi todas ellas destacan valores que en la época resultaban intensamente humanistas: la defensa de su dignidad, de su igualdad, de su libertad, con su máximo ejemplo en la figura de Marcela, la pastora que afirma su derecho a ser culta, libre e independiente de cualquier hombre. Es significativo que en muchas ocasiones aparezcan mujeres vestidas de varones en la obra, aunque también se da el caso contrario, lo que gustaba mucho al público de la época, y que enlaza con el proverbio de Salomón citado en la novela: "Mujer fuerte, ¿quién la hallará?" porque su estima sobrepasa largamente a la de las piedras preciosas".

- 1 Facilita la lectura y la comprensión de la novela al destacar aquellos aspectos más significativos. Se refieren a todas las partes y capítulos; así como a aspectos muy diversos que abarcan las distintas partes de un comentario de texto tradicional.
- 2 Se han tenido en cuenta actividades transversales, para beneficiar la responsabilidad, la socialización y la cohesión del grupo.
- 3 Incluye unas breves actividades de motivación y de recapitulación.
- 4 Todas las actividades están resueltas en el material para el profesorado.



**Muestra capítulo XVII**



–Fermosa señora, aunque mi voluntad quisiera poder corresponder a la merced de vuestra fermosura, no me lo permite mi condición dolorida. Además, he prometido fidelidad a mi señora Dulcinea del Toboso.

Maritornes no se atrevía a hablar ni sabía cómo desasirse. Mientras, el arriero, que esperaba ansioso a la moza y escuchaba, se fue acercando a don Quijote y al notar que este no la soltaba, le descargó tan terrible puñetazo en la cara que le hizo sangrar, después se subió a las tablas y le dio de puntapiés en las costillas mientras la asustada Maritornes se acurrucaba junto a Sancho. Como la cama de don Quijote era endeble, terminó partiéndose y, con el escándalo, el ventero acudió con un candil llamando a voces a Maritornes. Con el estrépito, Sancho se despertó y al notar un cuerpo junto a sí, asustado, comenzó a golpearlo, por lo que la moza le pegaba también en reñida escaramuza. A la luz del candil, el arriero empezó a golpear a Sancho y el ventero, a Maritornes, al considerarla culpable. Al ventero se le apagó la luz y se dieron todos golpes a bulto sin reparar a quién. Se alojaba aquella noche un cuadrillero de la Santa Hermandad de Toledo y, por cumplir con su trabajo, subió a poner orden pero, como todo estaba oscuro, el ventero, el arriero y la moza escaparon y solo topó con el cuerpo desmayado de don Quijote, al que dio por muerto. Luego fue a la chimenea de abajo a encender un candil.

## CAPÍTULO XVII

### *Que cuenta los efectos del bálsamo de Fierabrás*

Cuando don Quijote volvió en sí, llamó a Sancho:

–Sancho amigo, ¿duermes? ¿Duermes, amigo Sancho?

–¿Cómo voy a dormir si todos los diablos me han vapuleado esta noche?

–Puedes creerlo así porque o yo sé poco o este castillo está encantado. Porque has de saber... Pero solo te puedo contar si me juras que siempre lo guardarás en secreto, para salvar la honra de una doncella.

–Juro, aunque me cuesta mantener secretos –dijo Sancho.

Y don Quijote le contó sus fantasías de la noche: la bellísima doncella, hija del dueño del castillo, los dulcísimos coloquios, hasta que, dijo el caballero, un descomunal gigante le había pegado una puñada y unos pateos que le habían dejado peor que los arrieros.

Pues a mí me han aporreado más de cuatrocientos moros –dijo Sancho–,

sin tener a ninguna hermosura entre los brazos. Desdichado de mí, que estoy molido y no soy caballero.

–No tengas pena –respondió don Quijote–, que yo haré ahora el bálsamo de Fierabrás con el que sanaremos en un abrir y cerrar de ojos.

Llegó entonces el cuadrillero con el candil encendido y se quedó sorprendido de ver a los dos en conversación, mientras Sancho temía que aquella rara aparición fuera la de un nuevo diablo.

El cuadrillero se acercó y le preguntó a don Quijote:

–¿Cómo va, buen hombre?

Cuando esto oyó don Quijote, se molestó, y le llamó majadero por tratar así a un caballero andante. El cuadrillero, viéndose insultado por tan extravagante figura, le arreó con el candil en la cabeza y le descalabró más, mientras se apagaba la luz, y se fue.

–Sin duda, señor, que este es un moro encantado –dijo Sancho.

–Tienes razón, Sancho –respondió don Quijote más dolorido–, pero no hagamos caso de encantamientos y pide al alcaide de esta fortaleza aceite, vino, sal y romero para hacer el bálsamo.

Sancho cumplió el encargo y volvió con los condimentos. Don Quijote los mezcló y coció y volcó en una aceitera y, por último, rezó más de ochenta padrenuestros y avemarías y salves y credos, con sus cruces y bendiciones. Probó él primero aquel bálsamo y se bebió como un litro y, apenas lo bebió, cuando comenzó a vomitar de modo que no le quedó nada en el cuerpo, con tanta agitación que pidió quedarse solo, y se durmió. Cuando despertó, se sintió mejor, de forma que pensó que el bálsamo era eficaz y ahora podría acometer cualquier batalla.

Sancho decidió probar también el bálsamo con unos buenos tragos, pero le sentó tan mal que primero sufrió bascas y retortijones y luego empezó a arrojar por arriba y abajo de manera que pensaba que se moría, lo que don Quijote atribuyó a que Sancho no era caballero.

Pero como don Quijote se sentía algo mejor y más seguro, por el bálsamo, y deseaba volver a la aventura, él mismo ensilló a Rocinante, arregló al burro y ayudó a su pobre escudero a montar. Subió a caballo y al salir de la venta tomó un lanzón de labrador a modo de lanza.<sup>28</sup>

<sup>28</sup> El **lanzón** es una herramienta de labrador, un palo con punta de hierro.

Como al salir, todas las personas de la venta les estaban mirando, don Quijote se dirigió al ventero mientras suspiraba viendo a su hija:

–Grandes son las mercedes que he recibido en vuestro castillo. Decidme si puedo vengaros de algún agravio, pues mi oficio de caballero andante es ayudar al que lo necesita y castigar alevosías.

–Señor caballero –respondió el ventero–, mi única necesidad es que me pague los gastos de forraje, comida y cama que ha hecho en mi venta.

–Luego venta es esta –respondió don Quijote–. Engañado he estado, pero nada puedo pagaros porque iría en contra de la orden de la caballería, pues los caballeros corresponden a esos gastos con su insufrible trabajo.

Y sin hacer caso a los requerimientos del ventero, picó espuelas y se alejó de la venta. El ventero, al verlo, retuvo y pidió el dinero al escudero, que tampoco quiso pagar pues no pagaba su señor, el caballero.

Quiso la mala suerte que hubiera entre los huéspedes de la venta unos maleantes juguetones que buscaron una manta, pusieron a Sancho en medio de ella y le mantearon, burlándose de él, como si fuera un perro.

Cuando don Quijote oyó los lamentos de su escudero, volvió para ayudarlo, pero encontró la puerta cerrada y se desesperaba insultando a los que dentro mantearon a Sancho, al que veía subir y bajar tras la tapia. Al fin, dejaron de mantear al baldado Sancho, y la caritativa Maritornes le acercó un jarro de agua fresca, que Sancho rogó cambiar por vino, lo que pagó la misma Maritornes que, a pesar de la profesión, tenía corazón de buena cristiana. Salió Sancho corriendo en su burro, sin reparar en que el ventero se había quedado, en pago, con sus alforjas.





## CAPÍTULO I

### *De la condición y actividad del famoso hidalgo don Quijote*

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, vivía hace poco un hidalgo; tenía una lanza, un escudo antiguo, un caballo flaco y un galgo cazador. Gastaba la mayoría de su dinero en comer con moderación y vestir dignamente. Con él vivían una criada para las tareas del hogar, una sobrina de cerca de veinte años y un mozo para la casa y el campo. Nuestro hidalgo, de unos cincuenta años, delgado y de rostro afilado, era muy madrugador y amigo de la caza. Según los autores de esta historia, se apellidaba Quijada o Quesada, quizá, Quejana, pero eso importa poco a nuestro cuento, basta ceñirnos a la verdad de los hechos.

Ocioso la mayoría del tiempo, se aficionó a leer libros de caballerías hasta tal punto que llegó a vender parte de sus tierras para comprar muchas novelas, llenas de razonamientos tan galantes como: “La razón de la sinrazón que a mi razón se hace, con tal razón mi razón enflaquece, que con razón me quejo de vuestra hermosura.” Así, de tanto leer tales obras, perdía el pobre caballero el juicio, intentando desentrañar aquellas historias, que ni Aristóteles podría entender, discutiendo con el cura del lugar qué caballero era el mejor e incluso pensando en continuar las aventuras que los autores dejaban inacabadas. Pasaba noches y días leyendo y llegó a perder la cabeza de forma que creía que todo lo leído era cierto: encantamientos, batallas, amores y disparates, hasta el punto que decía que el Cid Ruy Díaz era peor caballero que el de la Ardiente Espada porque éste había partido por la mitad a dos descomunales gigantes.<sup>6</sup>

Ya sin juicio, decidió algo que no se le había ocurrido a ningún loco: hacerse caballero andante e irse por el mundo a buscar fantásticas aventuras como las de los libros, para alcanzar fama eterna. Primero limpió las oxidadas armas y armadura de sus bisabuelos y reparó algunas partes tan mal que no aguantarían ni un mandoble. Fue luego a ver a su caballo que, aunque estaba en los huesos, le pareció mejor que el Babiaca del Cid. Pensó durante cuatro días qué nombre ponerle, pues debía tener nombre propio el rocín de un caballero famoso; y decidió llamarlo “Rocinante”, nombre

---

**6 Aristóteles** (384–322 antes de Cristo) fue un fundamental filósofo griego.

**El Cid Ruy**, o Rodrigo, **Díaz** de Vivar (1048–1099) es el héroe protagonista del *Cantar de Mio Cid*, obra anónima de, posiblemente, 1207.

Caballero de **la Ardiente Espada** es el sobrenombre de *Amadís de Grecia*, protagonista de la obra del mismo título publicada en 1530 por Feliciano de Silva.



altisonante para el mejor caballo del mundo. Después dedicó ocho días a buscarse un nombre a sí mismo, tras los cuales decidió llamarse “Don Quijote” –por lo que algunos autores de esta verdadera historia piensan que se llamaba Quijada– y, como el valeroso caballero Amadís se llamaba de Gaula, decidió añadir su origen y llamarse “Don Quijote de la Man-



cha”, muestra clara de su linaje y patria. Por último, consideró que un gran caballero debía tener una dama a la que brindar sus triunfos y enviar a sus vencidos: “Yo, señora, soy el gigante Caraculiambro, señor de la ínsula Malindrana, vencido por el alabado caballero Don Quijote de la Mancha, que me manda para que vuestra grandeza disponga de mí”. Y como en el Toboso, cerca de donde él moraba, vivía una joven labradora, Aldonza Lorenzo, de la que algún tiempo anduvo enamorado sin que ella lo supiera, la eligió dama de sus pensamientos, cambiándole el nombre para semejarlo al suyo caballeresco y la llamó “Dulcinea del Toboso”, pues le pareció musical y significativo, propio de una princesa.

## CAPÍTULO II

### *De la primera salida del ingenioso don Quijote*

Preparado ya, decidió ponerse en camino para enmendar cuanto antes tantos agravios e injusticias como había en el mundo. Un amanecer del caluroso mes de julio se armó de todas sus armas, montó en Rocinante y por la puerta del corral salió al campo con grandísimo contento. Pero le asaltó un pensamiento terrible: nadie le había nombrado caballero por lo que, según la ley de la caballería, no podía combatir con ningún caballero. Esto le hizo titubear, pero pudo más su locura y decidió pedirle al primero que topase que le armase caballero.

Iba nuestro flamante aventurero pensando: ¿Quién lo duda? El sabio que en el futuro escriba cómo salí al campo esta mañana dirá: “Apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, cuando el famoso caballero Don Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso Rocinante y comenzó a caminar por el conocido campo de Montiel”.<sup>7</sup> Y mientras cabalgaba por ese campo, bajo un sol capaz de derretirle los sesos, si los tuviera, ensartaba disparates similares imitando el lenguaje de sus lecturas: “Dichoso siglo aquel en que saldrán a la luz las famosas hazañas mías... ¡Oh, princesa Dulcinea, acordaos de este vuestro fiel corazón, que tantos pesares por vuestro amor padece!”

---

**7 El rubicundo Apolo:** el rojizo sol. Apolo es el dios del sol.

**Las ociosas plumas** se refieren a aquellas con las que se rellenaban los buenos colchones, pues los habituales eran más pobres, de lana o paja.

Autores hay que afirman que su primera aventura fue la del Puerto Lápi-ce; otros, que la de los molinos de viento; pero lo que yo he averiguado en los documentos de la Mancha es que anduvo todo el día hasta que se hizo de noche. Amo y rocín se encontraban agotados cuando don Quijote vio una venta, que nuestro aventurero tomó por un hermoso castillo, con torres y puente levadizo, y hacia ella se encaminó. En la puerta estaban dos rameras que hacían noche allí con unos muleros que iban a Sevilla, y él las tomó por hermosas doncellas. Un porquero tocó un cuerno para llamar a sus cerdos y el aventurero interpretó que algún músico le daba la bienvenida. Cuando las dos mujeres vieron a aquel hombre llegar tan raramente armado echaron a correr asustadas y don Quijote les gritó:

–Non fuyan, altas doncellas, que la orden de caballería que profeso prohí-be facer daño alguno a nadie y mi intención es sólo serviros.<sup>8</sup>

Las mujeres, aunque no entendieron bien lo que aquel caballero les decía, se echaron a reír por su apariencia y por oírse llamar doncellas, hasta que salió el ventero, gordo y, por lo tanto pacífico, que se sorprendió de ver una figura tan contrahecha en su venta:

–Si el señor caballero busca lecho, en esta venta no hay ninguno. Si busca posada, la encontrará en abundancia.

–Para mí, señor del castillo, cualquier cosa basta, que mi descanso es pe-lear –respondió don Quijote, mientras se apeaba agotado, pues no había comido nada aquel día.

Pidió luego el huésped que cuidaran de su valioso caballo. Mientras las dos doncellas desarmaban a don Quijote, este les dijo con donaire:

–Nunca hubo gran caballero  
de damas tan bien servido  
como lo fue don Quijote  
cuando de su aldea vino:  
doncellas cuidaban de él;  
princesas, de su rocino.

O Rocinante, que es su nombre, y don Quijote de la Mancha, el mío.

---

<sup>8</sup> Cuando don Quijote habla como caballero andante utiliza arcaísmos, como **non** por no, y la efe inicial de origen latino como en **fuyan** y **facer**, por “huyan” y “hacer”, aunque ya hacía siglos que no se utilizaban.



Las mozas, no dadas a la retórica, le preguntaron si quería comer algo.

–Cualquiera yantaría –respondió–, y me vendría muy bien.

Como le dijeron que, por ser viernes, había pescado, él lo aceptó. Le pusieron bacalao y un pan negro y mugriento pero, como tenía puestas la celada y la visera del casco, que no se había podido quitar, mal podía comer y beber si una de las mozas no las sujetaba y le daba de beber con una pajita. En esto, llegó un castrador de puercos y tocó un silbato, música que reforzó en don Quijote la idea de que estaba en un castillo servido por princesas. Pero sentía no haber sido aún armado caballero.

### CAPÍTULO III

#### *De cómo fue graciosamente armado caballero*

Por ello, se arrodilló delante del ventero y le dijo:

–No me levantaré, valeroso caballero, hasta que vuestra cortesía me otorgue un don que redundará en favor del género humano, y es que me arméis caballero. Esta noche en la capilla velaré armas y mañana se cumplirá mi deseo de buscar aventuras por el mundo.

El ventero, confuso, pedía a don Quijote que se levantase pero al fin aceptó, convencido de la locura del huésped y decidido a seguirle el humor. Le alabó su deseo y le dijo que él mismo había sido aventurero de joven hasta que decidió quedarse en aquel castillo para ayudar a los caballeros que por él pasasen. Como no tenía capilla, podía velar las armas en el patio y, a la mañana, con las debidas ceremonias, le armaría caballero. Le preguntó si traía dinero, y don Quijote respondió que no, pues nunca había leído que los caballeros lo necesitaran. Dijo el ventero que se engañaba; los autores no lo decían porque era evidente: los caballeros llevaban su buen dinero en la bolsa y, en unas alforjas, camisas, vendas y algún ungüento para curar las heridas que recibiesen, a no ser que tuviesen algún amigo mago que acudiese a curarles por el aire. Don Quijote le prometió tenerlo en cuenta y, luego, ya de noche, colocó sus armas dentro de la pila del pozo del corral y comenzó a pasear delante de ellas.

Reían todos de ver a don Quijote pasear velando las armas a la clara luz de la luna y vieron que un arriero se acercó a la pila a dar agua a sus caballerías.



–¡Oh, tú –voceó don Quijote–, atrevido caballero! Mira lo que haces y no te atrevas a tocar mis armas si no quieres pagar con tu vida.

Al arriero no le importó la amenaza, sacó las armas del abrevadero y las arrojó. Don Quijote, alzando los ojos al cielo, dijo:

–Socorredme, mi señora Dulcinea, en esta primera afrenta.

Y con semejantes razones, golpeó con la lanza en la cabeza del arriero, dejándolo maltrecho, tras lo cual volvió a pasear como antes. Como vio que se acercaba otro arriero, no esperó a razonamientos y le golpeó hasta dejarlo malherido. Con el ruido y los gritos acudieron todos y los compañeros de los arrieros comenzaron a apedrear a don Quijote, que se defendía con el escudo. El ventero les gritaba que lo dejaran, pues estaba loco, mientras el hidalgo les amenazaba:

–Soez y baja canalla, venid, veréis el pago que lleva vuestra sandez.

Al ventero no le gustó nada la actitud de su huésped; se disculpó de la insolencia de los arrieros y le dijo que ya había velado suficientemente las armas y que ya le podía armar caballero, lo que a don Quijote le pa-



reció bien porque estaba dispuesto a no dejar persona viva en el castillo, si seguían así. El ventero trajo un libro de cuentas de la venta, se acercó a don Quijote con las dos mozas y un muchacho con una vela, y comenzó a murmurar como si rezara, mientras le daba con la espada un golpe en el cuello y un espaldarazo, y le pidió a una de las mozas que le ciñera la espada, lo que esta hizo, diciéndole que Dios le hiciese muy venturoso caballero y que siempre le tendría por su señor. Todos contenían la risa en vista de lo que antes había sucedido.

Mientras la otra moza le calzaba las espuelas, don Quijote agradeció los gestos y palabras de las dos. Terminada la rápida ceremonia, don Quijote ensilló su caballo, agradeció al ventero su favor y salió de la venta a lomos de Rocinante. El ventero, aliviado por su marcha, no le pidió dinero y le dejó ir en buena hora.

## CAPÍTULO III

### *De lo que le sucedió al salir de la venta*

La del alba sería cuando don Quijote, contento y gozoso, salió de la venta. Pero recordó los consejos del ventero y decidió volverse a buscar como escudero a un vecino, labriego pobre con hijos, por lo que guió a Rocinante a casa. Poco había andado cuando escuchó unos lamentos que salían de la espesura del bosque y se dijo:

–Gracias doy al cielo, pues tan pronto me permite cumplir con lo que toca a mi profesión, como es ayudar a algún menesteroso.

Se encaminó hacia donde oía las voces y allí vio a un muchacho de unos quince años atado a una encina al que un labrador estaba azotando con una correa. El muchacho gritaba:

–No lo haré más, señor, cuidaré mejor el rebaño.

Y viendo don Quijote lo que pasaba, exclamó:

–Descortés caballero, subid sobre vuestro caballo, tomad la lanza y yo os mostraré qué cobarde es lo que hacéis.

–Señor caballero –respondió con buenas palabras el labrador–, este mozo cuida de mis ovejas y cada día me falta una, y porque le castigo dice que es para no pagarle, y miente.

–¿Miente delante de mí, bellaco? Pagadle enseguida u os paso de parte a parte con mi lanza.

El atemorizado labrador desató a su criado y aceptó pagarle lo debido pero, como no llevaba dinero, le dijo al muchacho que fuera con él a su casa. A don Quijote le pareció bien el acuerdo pero el mozo protestó:

–De ninguna manera; si voy me desollará como a un San Bartolomé.

–No hará tal; basta que yo se lo mande bajo juramento de la caballería.

–Señor, mi amo Juan Haldudo no es caballero –dijo el mozo.

–No importa –respondió don Quijote–; cada uno es hijo de sus obras.

Insistió el labriego que sí le daría su paga, con lo que el caballero quedó confiado y amenazó con volver para castigarlo si no cumplía lo prometido. Tras lo cual, espoleó a Rocinante y se marchó.

Cuando el labriego vio a don Quijote desaparecer a lo lejos, le dijo al muchacho que se acercara para pagarle. El mozo se acercó confiado, pero cuando el labriego lo cogió, le volvió a atar y le dio tantos azotes que lo dejó medio muerto.

–Llamad ahora al deshacedor de agravios –decía riéndose el labrador–, veréis cómo no deshace este.

Al fin, desató al mozo, que se fue llorando y maltrecho.

Mientras, don Quijote cabalgaba felicísimo, creyendo haber solucionado aquella injusticia, y dedicaba su éxito a la bella sobre las bellas Dulcinea del Toboso, afortunada por tener como caballero al tan valiente y famoso don Quijote de la Mancha. Así, llegó a un punto en que el camino se dividía en cuatro y al recordar qué decidían en estas encrucijadas los caballeros andantes, dejó libre a Rocinante para que eligiera. Al cabo de dos millas descubrió a un grupo de gente,<sup>9</sup> seis mercaderes toledanos, con quitasoles, que iban a Murcia a comprar seda, con criados a caballo y mozos a pie. Pero don Quijote imaginó que aquello era una nueva aventura y cuando los tuvo cerca exclamó arrogante:

–Todo el mundo se detenga y confiese que Dulcinea del Toboso es la más hermosa, la emperatriz de la Mancha.

---

**9 Milla:** unidad de medida equivalente a 1.852 metros.





Los mercaderes comprendieron que aquel caballero estaba loco pero, por entretenerse un poco, uno le dijo burlón:

–Señor caballero, mostrádnosla y, si es cierto, así lo confesaremos.

–Si os la mostrara –replicó–, ¿qué mérito tendría vuestra confesión? El mérito está en jurarlo sin haberla visto; si no, os reto, gente descomunal y soberbia, venid uno a uno, según la orden de la caballería.

–Señor, para no confesar ni jurar algo que no hemos visto, mostradnos al menos algún retrato que, aunque sea tuerta o deforme, lo aceptaremos.

–No es tuerta ni jorobada. ¡Pagaréis esa blasfemia contra mi señora!

Y diciendo esto enojado, atacó con la lanza al que lo había dicho, pero Rocinante tropezó con una piedra, con lo que don Quijote cayó al suelo y, sin poderse levantar por todo el impedimento de las armas, gritó:

–Non fuyáis, gente cobarde, que culpa ha sido de mi caballo.

Un malintencionado mozo se acercó, tomó la lanza, la partió y terminó de romperla en pedazos pegando a don Quijote tantos palos que le dejó molido, mientras este gritaba amenazante. Cuando el mozo se cansó, todos se alejaron. Don Quijote menos podía levantarse ahora y se consolaba pensando que el tropiezo era desgracia propia de caballeros andantes.

## CAPÍTULO V

### *Donde se prosigue la desgracia de nuestro caballero*

Recordó unos versos de un romance del libro de Valdovinos, con una situación semejante, y con debilitado y dolorido aliento recitó:

–¿Dónde estás, señora mía,  
que no te duele mi mal?  
O no lo sabes, señora,  
o eres falsa y desleal.

Quiso la suerte que pasara por allí un labrador vecino suyo y, viéndole en aquel estado, se acercó para ayudarlo. Don Quijote lo tomó por el marqués de Mantua y siguió recitando su romance. El labrador, al quitarle la visera para limpiarle la cara, lo reconoció y le dijo:

–Señor Quijana –que así se debía llamar–, ¿quién ha puesto a vuestra merced así?

Pero él seguía absorto en su romance. El buen hombre le quitó la armadura para ver su estado, lo subió a su borrico, más tranquilo que el rocín, recogió las armas, y se encaminó hacia su pueblo. Don Quijote, molido, apenas se podía tener sobre el jumento e iba recordando, entre suspiros, lamentables pasajes de novelas, por lo que el vecino conoció que el caballero estaba loco. Don Quijote en medio de su confusión le dijo:

–Sepa, señor marqués, que por la linda Dulcinea del Toboso haré los más famosos hechos de caballerías.

–Mire vuestra merced –respondió el labrador–, yo no soy ese que dice, sino su vecino, y vuestra merced, el honrado hidalgo señor Quijana.

–Yo sé quién soy –respondió don Quijote– y puedo ser hasta los Doce Pares de Francia.<sup>10</sup>

Con estas pláticas llegaron al pueblo al anochecer, aunque el vecino esperó a la noche cerrada para que nadie viera al hidalgo en estado tan deplorable. La casa de don Quijote estaba alborotada. Las mujeres hablaban con el cura y el barbero, amigos del caballero.

–¡Tres días hace que no aparecen, señor licenciado Pedro Pérez – decía el ama al cura–, ni él, ni el rocín, ni las armas! ¡Desventurada de mí! Seguro que ha perdido su buen juicio por los malditos libros de caballerías.

–Sepa, señor maese Nicolás –decía la sobrina al barbero–, que mi tío leía esos libros días y noches y después se dedicaba a dar cuchilladas por las paredes diciendo que había matado a cuatro gigantes como torres. La culpa es mía por no avisar a vuestras mercedes de tales disparates para que quemaran estos libros como si fuesen herejes.

–Estoy de acuerdo –dijo el cura–. Mañana quemaremos esos libros.

Tras oír todo esto, el labrador pidió que les abrieran. Salieron todos y cuando las mujeres fueron a abrazar a don Quijote él las contuvo sin bajarse del borrico:

–Ténganse todos, que vengo malherido por culpa de mi caballo, llévenme a mi lecho y llámese a la sabia Urganda para que cure mis heridas.

---

<sup>10</sup> Los **Doce Pares de Francia** eran nobles caballeros de Carlomagno.

–Venga vuestra merced –respondió el ama–, que nosotras le sabremos curar. ¡Malditos sean esos libros de caballerías!

Lo llevaron a la cama, comprobaron su estado y, entre mil preguntas y razones, don Quijote pidió de comer y que le dejaran dormir.

## CAPÍTULO VI

### *Del escrutinio que el cura y el barbero hicieron de la biblioteca*

Dormía aún cuando el cura volvió con el barbero y pidió las llaves del aposento de los libros. Al abrir, cura, barbero, ama y sobrina descubrieron más de cien libros grandes y bien encuadernados y otros pequeños. El ama quiso que el cura rociara con agua bendita el aposento para espantar a los encantadores, lo que causó risa al sacerdote. Este le pidió al barbero que le fuera dando los libros, pues podía ser que alguno no mereciera el fuego.

–¡Ay, señor! –dijo la sobrina–. No hay que perdonar ninguno, pues todos son dañadores. Hagamos una hoguera con ellos.

El ama le dio la razón, pero el cura no cedió y el primer libro que le pasó el barbero fue *El Amadís de Gaula*, y sentenció el cura:

–Por ser el primer libro de caballerías impreso en España, se merece la hoguera.

–No, señor –dijo el barbero–, que dicen que es el mejor de ellos.

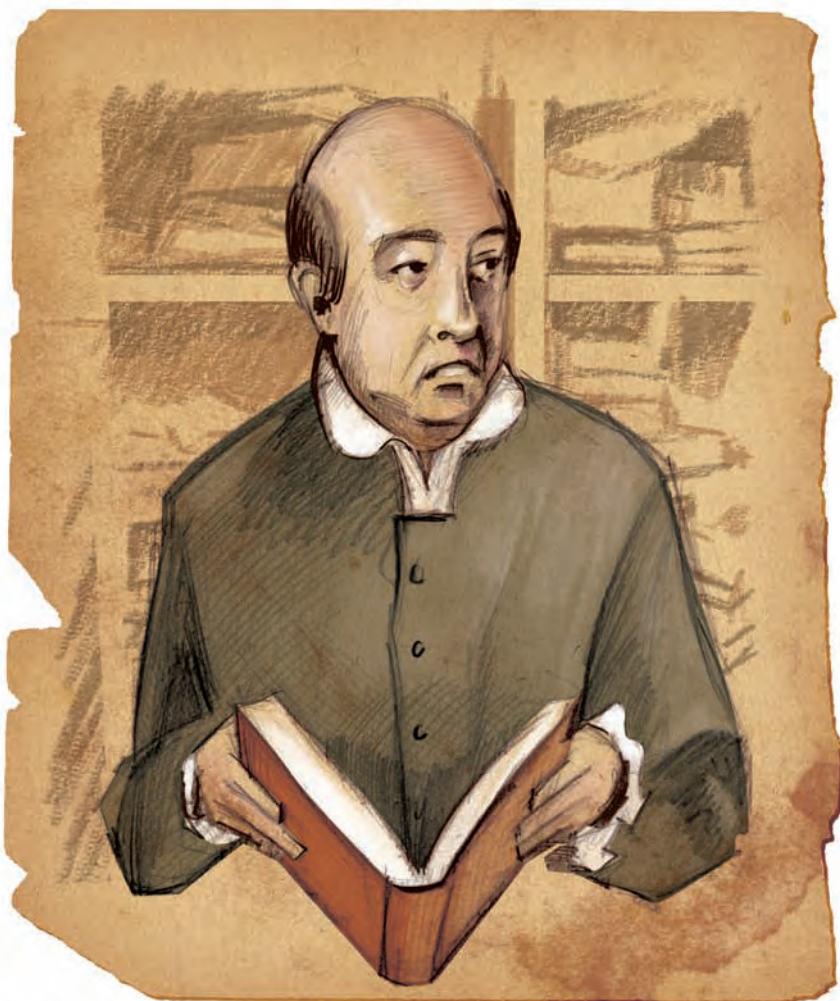
El cura lo aceptó y salvó *El Amadís*. El siguiente fue las *Sergas de Eplandíán*, hijo del Amadís, pero el cura afirmó que no le valdría al hijo lo que le sirvió al padre, y pidió al ama que lo echara por la ventana al corral para la hoguera. Tras este, fueron muchos otros que el cura consideraba malos y mentirosos, *Amadís de Grecia*, *Don Olivante de Laura*... Dudó con *El Caballero de la Cruz*, por el nombre, pero lo condenó también al fuego diciendo: “tras de la cruz está el diablo”. El barbero le pasó *Espejo de Caballerías*, y el cura decidió que se tirara a un pozo seco para salvarlo de momento, junto a algunos similares, por tener partes del famoso Mateo Boyardo y del cristiano poeta Ludovico Ariosto, y lamentó lo mucho que pierden los libros de versos cuando se traducen.

A continuación le dio *Palmerín de Oliva* y *Palmerín de Inglaterra* y el cura mandó quemar el de la oliva y salvar el de la palmera, por ser muy bue-



no, de un discreto rey de Portugal, y por usar razones claras, naturales y adecuadas a los personajes. De *Don Belianís* dijo que debería perder su demasiada cólera, y se lo devolvió al barbero para que lo guardara. Siguieron tirando libros a la hoguera, para alegría del ama, hasta que vieron la *Historia del famoso caballero Tirante el Blanco*.

–¡Válgame Dios! –dijo el cura–, que he hallado en él un tesoro de contento y una mina de pasatiempos. En su estilo, es este el mejor libro del mundo; aquí comen los caballeros, y duermen y mueren en sus camas, y hacen testamento y otras cosas de las que los demás libros carecen.



–¿Y qué hacemos con estos pequeños? –dijo el barbero.

–Estos deben de ser de poesía –respondió el cura.

Y viendo *La Diana*, de Jorge de Montemayor, decidió salvarlo por algunas partes de él y por ser el primer libro pastoril.

–Quémelo con todos los de su género –protestó la sobrina–, no sea que se le antoje a mi tío, tras sanar de su enfermedad caballeril, hacerse pastor.

Mandó el cura al fuego *El pastor de Iberia* y *Ninfas de Henares*.<sup>11</sup> Salvó otros como *Los diez libros de Fortuna de amor*, de Antonio Lofraso, con poemas tan hermosos que los estimaba más que una sotana de Florencia, *El pastor de Filida*, joya preciosa, *Tesoro de varias poesías* y *El cancionero de López Maldonado*, que el cura alabó.

–Aquí está *La Galatea* de Miguel de Cervantes –dijo el barbero.

–Muchos años hace que es Cervantes gran amigo mío, más versado en desdichas que en versos. El libro es de buena invención, pero no está terminado. Esperemos a la segunda parte que promete y, entre tanto –dijo el cura al barbero–, tenedlo en vuestra casa.

Por último, salvó *La Araucana* de Alonso de Ercilla, *La Austriada* de Juan Rufo, *El Monserrate* de Cristóbal de Virués, poeta valenciano, por ser libros comparables a los mejores de Italia, y *Las lágrimas de Angélica*, lágrimas que habría llorado si se quemara, dijo el cura.

## CAPÍTULO VII

### *De la segunda salida de nuestro caballero*

Estando en esto, oyeron cómo don Quijote comenzaba a dar voces, llamando a los “valerosos caballeros”. Cuando acudieron, vieron que se había levantado y lanzaba reveses a todas partes entre voces. Le detuvieron y le llevaron al lecho, mientras le decía al cura, al que confundía con un obispo, algo sobre los Doce Pares de Francia.

–Calle vuestra merced –respondió el cura–, y atienda a su salud ahora, que debe de estar muy cansado si no malherido.

---

11 *El pastor de Iberia* se publicó en 1591, de modo que la acción es posterior.

–Ferido no –dijo don Quijote–, quebrantado sí, porque el bastardo de don Roldán me ha molido a palos con un tronco de encina; me lo pagará cuando me levante, a pesar de sus encantamientos, y tráiganme de yantar ahora.

Diéronle de comer, se durmió, y quedaron todos admirados de su locura.

Aquella noche quemó el ama muchos libros, algunos inmerecidamente, ya se sabe que pagan a veces justos por pecadores.

El cura y el barbero decidieron que era mejor que tapiasen la puerta de la biblioteca y que dijesen a don Quijote que un encantador se había llevado aposento y libros, y así se hizo. Tras unos días, se levantó el hidalgo, buscó el aposento y, como no lo encontró, preguntó al ama.

–¿Qué aposento? Todo se lo llevó el mismo diablo –respondió ella.

–No era el diablo –añadió la sobrina–, sino un encantador, el sabio Muñatón, que ha venido sobre una serpiente y se lo ha llevado todo, dejando sólo humo.

–Frestón, diría –respondió don Quijote–, que es un encantador muy enemigo mío, porque sabe que he de vencer, porque no se puede evitar lo que el cielo protector ordena a un caballero.

–Pero ¿quién mete a vuestra merced en esas pependencias? Mejor sería estarse pacífico en su casa –dijo la sobrina.

–¡Oh, sobrina mía –respondió don Quijote–, nadie que me ataque llegará a tocarme ni la punta de un pelo!

Quince días estuvo en su casa sosegado, discutiendo con el cura y el barbero sobre la necesidad de que volvieran al mundo los caballeros andantes. Y en este tiempo pidió a un vecino, labrador pobre con mujer e hijos, hombre de bien pero de poca mollera, que fuera su escudero. Tanto le prometió, como hacerle gobernador de una ínsula, que el vecino, llamado Sancho Panza, aceptó. Luego, buscó dinero malvendiendo tierras, preparó camisas y otros enseres y anunció a Sancho Panza la fecha en que debían partir en secreto con algunas alforjas.<sup>12</sup> Sancho le dijo a don Quijote que llevaría asno, lo cual le pareció raro al hidalgo pues no veía muy adecuado que su escudero cabalgara en asno en vez de en caballo.

---

<sup>12</sup> Don Quijote usa la forma arcaica **ínsula**, usual en la novela de caballerías, para “isla”, pero en 1600 ni siquiera se reconocía la palabra.

Las **alforjas** son unas bolsas que se llevaban a lomos de una caballería.